

“HÉLICES”

(Versos de Guillermo de Torre)

Guillermo de Torre, que fué el alma de la fenecida revista “Cosmópolis”, es hoy uno de los más eficaces adalides de la poesía ultraísta en España. Conocíamos desde hace tiempo algunos poemas suyos publicados en “Grecia”, el órgano de aquel movimiento poético, en “Cervantes”, hoy fallecida, y en la misma “Cosmópolis”. Hoy recibimos, con muy gentil dedicatoria, un lujoso tomo de versos ilustrado por nuestro cubista compatriota Barradas y por Vázquez Díaz.

Los poemas de “Hélices” confirman la opinión que teníamos sobre el talento de nuestro joven amigo, y permiten, en un estudio más documentado, presentar las características facetas de su discutido arte, que cultivan en España, con el mismo talento, Gerardo Diego, Rivas Panedas, el chileno Vicente Huidobro, Del Vando Villar y algunos otros. Este arte, que pretende renovar la poesía por completo, tiene, entre muchas exageraciones, algunos positivos aciertos. En estudio más amplio que tengo hace tiempo comenzado, señalaré detalladamente sus tendencias. Hoy quiero poner de manifiesto solamente la gran revolución verbal que se ha empeñado en realizar y que, podemos decirlo, ha ganado en gran parte. Frente a la vacuidad absoluta, a la necesidad, a la vul-

garidad de cierta poesía que sólo dispone para su arte de un limitado arsenal de lugares comunes, entre los cuales no son los peores ciertamente los claros de luna, los violines, los Trianones, las marquesas (¡desgraciada Eulalia, que dió a luz tan menguada prole!), los estanques, los cisnes, las Colombinas, los Pierrots, el injustamente mediocrizado Chopin, los pianos, los atardeceres, etc., etc., esta poesía algo brutal, con su léxico de manual de mecánica y sus imágenes de una fuerza de boxeador, nos produce el efecto de un atleta en una reunión de aficionados. Ciertamente, no es ese nuestro tipo ideal; pero frente a la falta de energía, de vigor, al hermafroditismo y a la asexualidad de los poetas que nacieron de la nefasta escuela de Rubén Darío, no podemos menos de otorgarle, por contraste, algo de nuestra simpatía. Por lo menos tiene lo que falta a los otros, los viles y simiescos remedadores del verdadero poeta: originalidad, valentía, fuerza, masculinidad. Son destructores, nihilistas, iconoclastas. Lo niegan todo para afirmarse ellos. Y sobre las ruinas de la vieja poesía pretenden echar los cimientos de la poesía nueva. Los aplaudimos en su faz negativa. Era indispensable la barrida de toda esa inmunda hojarasca, que ahogaba bajo la podredumbre de sus nervios, el brote vigoroso de la nueva poesía. El ultraísmo fué un pampero saludable. Pasó arrastrando en sus alas salubres los miasmas fétidos. ¿Qué nos trajo en cambio?

De los jóvenes poetas españoles afiliados a la nueva escuela, Guillermo de Torre es quien aporta acaso un contingente más valioso de teorizaciones, y, con estas "Hélices", de realización positiva. Aparece en ellas la misma característica que ya singularizó a este joven escritor en sus artículos de "Cosmópolis": una abundancia de léxico, un abuso tal de neologismos, de términos rebuscados, contorsionados, que

produce desde luego una especie de vértigo mental. Indudablemente, Guillermo de Torre conoce infinidad de términos técnicos: éstos no los ha inventado él: términos tomados en su mayor parte a la mecánica; pero pertenecientes también a la fisiología, a la medicina, a la química, a la física en general. Esto revela, desde ya, una suma de conocimientos científicos nada común en general, en los poetas, que piensan que, para escribir con originalidad y talento propios, cuanto mayor sea la ignorancia, mejor.

Nuestro joven ultraísta abusa de su tecnicismo y lo emplea, siguiendo la escuela de sus amores, *pour épater le bourgeois*. ¿No es ésta, acaso, la divisa de todos esos innovadores que alborotan a París con la estridencia de sus paradojas? Y lo esgrime como un arma, y lo arroja a la cabeza de los imbéciles para darse la satisfacción mefistofélica de contemplar su admiración por su talento incomprensible. En esto también es semejante a Francis Picabia, que, por burlarse de todos, acabó (o empezó) burlándose de sí mismo. De Torre lo confiesa claramente, sin ambajes, en uno de los poemas de “Hélices”.

“(En los entreactos
con un gesto burlesco
de jugador experto
arrojo sobre los acéfalos
el cubilete de mi léxico.)”

No podía haber encontrado una imagen más exacta ni más feliz. Algunos de sus poemas son verdaderamente contruídos según la conocida fórmula de Tristán Tzara, que de Torre reedita con la comparación felicísima del cubilete de dados.

Pero digamos ya los méritos de estos poemas, aun cuando no comulguemos con sus fórmulas.

La imagen cobra en esta tendencia modernísima un valor que había perdido casi por completo. Y Guillermo de Torre posee un don indiscutible de la imagen, que, aunque no siempre poética, en el elevado sentido de la palabra, es siempre vigorosa, audaz, nueva y original.

He aquí algunas, tomadas al azar: “El viento nos golpea con sus puños”. “En la pizarra atmosférica— se dibujan los guarismos relámpagos”. Todo “Pararrayos” es una feliz evocación visual de una tempestad.

*“Y rítmicamente los élitros sonoros de las cigarras
[ebrias
polarizan la armonía estival.”*

También todo el “Paisaje plástico” es notable. Véase esta otra imagen, tomada de la física, como la mayoría de las ultraístas:

*“Se adivina a Dios que en su cabina
ante su térmico cuadro distribuidor
acumula trillones de calorías.”*

Otra:

*“Los dedos de los árboles
rasgan los últimos velámenes nocturnos.*

*Sobre los railes del horizonte
gira el semáforo blanco
y el día pide vía libre.”*

Otra:

*“Una caravana de pinos en éxtasis
iconifican el paisaje nómada.”*

“*Aquel bello prominente
de la colina lasciva
besa las mejillas de un astro libertino.*”

“*Aviónicas hilanderas
tejen el lino nostálgico
de la neblina boreal.*”

*Hay estelas de tus miradas
prendidas en las melenas del mar.*”

Y no cito más por no extenderme demasiado.

Una característica de esta poesía, es que carece de ritmo, de rima y hasta de ilación. Poesía a base de imágenes. Como que ya lo dijo L. Lasso de la Vega en una de sus teorizaciones sobre esta poesía; que su elemento primordial es la imagen y no la música, ni la anécdota. Pues bien, en todo el libro, sólo encontramos *dos* veces la palabra *amor*; ninguna vez *muerte*; el corazón está reemplazado por los términos: brújula cardíaca, vibración de tus diástoles. En un verso, habla del pericardio. Una declaración de amor:

“*Amiga* { *encarnación del encanto emotivo*
nombre de un relieve inédito
cruce de mi circuito evocativo.”

“*Y ahora
eres Tú
en fin la Presentida.*”

Hay algunos poemas en que la evocación está magistralmente conseguida. “Al volante” produce el mismo vértigo de velocidad que una desenfrenada carrera en automóvil. Las imágenes se suceden con una veracidad y fuerza evocativa poco comunes: “Tre-

panamos aldeas naufragadas — y campiñas que galopan.” “Pararrayos”, ya citado; “Trapezio”, “Paisaje plástico”, son, a mi modo de ver, las más felices de las realizaciones. Acaso por no pertenecer a esta escuela, no encuentro sentido alguno a las más ultraístas de las composiciones: “Aviograma”, “Ondulaciones + Multitud”, “Sinopsis”.

Digamos, para terminar, que no creemos que esta poesía haya de perdurar en su forma actual.

Le reconocemos, ampliamente, una función purificadora, renovadora, vigorizadora. De ella ha de surgir la poesía nueva: sincera ante todo; múltiple, compleja, abarcando *todas* las manifestaciones del alma y del cerebro humanos, fuerte y original. Este ultraísmo, y sus descomposiciones, el *vulgarismo* que ha infestado con la banalidad antiestética de ciertas faenas domésticas y actividades que quieren ser humildes y sólo son triviales, están destinados a desaparecer. El ultraísmo ha realizado una verdadera misión de profilaxis poética. Sus cultores, como ya empieza a suceder, evolucionarán hacia una poesía más humana, que devolviendo a la sensibilidad, no a la cursilería, su importancia vital, la habrán vigorizado y humanizado en el choque fecundo con la vida *real*. Y entonces, como ya hay muy claros e inequívocos indicios en este libro, Guillermo de Torre dejará de ser un poeta de escuela limitada y discutida para transformarse en un poeta *humano* y universal.

Estamos convencidos que lo sería ya, si hubiera dejado libertad a su temperamento. En más de un verso aparece y se traiciona el alma de poeta verdadero que hay en este escritor; en la musicalidad *a pesar de todo*, de ciertos versos; en la originalidad y el vigor de todas sus imágenes, en la sensibilidad que se abre camino a través de las intransigencias de la Escuela.

LUISA LUISI.